

teccion.¹ En esta eleccion se hizo agravio á los príncipes Coanacotzin é Ixtlilxochitl, que por haber nacido de la reina Xocotzin, tenían más derecho á la corona. No se puede saber el motivo que tuvo el rey de México para desechar á Coanacotzin; y por lo que hace á Ixtlilxochitl, parece que no quiso aumentar el poder de un enemigo tan formidable. Como quiera que sea, Moteuczoma hizo proclamar rey á Cuicuitzcatzin, y lo acompañó con Cortés hasta el barco en que debía pasar el lago, recomendándole la amistad de los Mexicanos y de los españoles, pues á unos y á otros era deudor de la corona.

Pasó Cuicuitzcatzin á Texcoco, acompañado de muchos nobles de una y otra corte, y allí fué recibido con aclamaciones, con bailes y arcos de triunfo, llevándolo la nobleza en una litera desde el barco hasta su palacio, donde el noble más anciano lo felicitó en un largo discurso, á nombre de toda la nacion, exhortándolo á amar á sus vasallos y prometiendo que ellos lo amarían como padre y lo respetarían como señor. No es posible expresar el dolor que estas nuevas ocasionaron á Cacamatzin, viéndose en la flor de la juventud (pues no tenía más de veinticinco años), privado de la corona que tres años ántes había heredado de su padre, y reducido á la estrechez y soledad de una cárcel, por el mismo rey á quien deseaba libertad, y por los mismos extranjeros que había pensado arrojar de aquellos Estados.

Tenia ya Cortés en su poder á los dos más poderosos soberanos de Anáhuac, y no tardó mucho en apoderarse también del rey de Tlacopan, de los señores de Iztapalapan y Coyohuacan, hermanos los dos de Moteuczoma, de dos hijos de este mismo rey, de Itzcuahtzin, señor de Tlatelolco, de uno de los sumos sacerdotes de México y de muchos otros personajes de la más alta jerarquía. Ignóranse las circunstancias de todos estos arrestos; mas es de presumir que los prendería uno á uno, cuando iban á visitar á Moteuczoma.

SUMISION DEL REY MOTEUCZOMA Y DE LA NOBLEZA MEXICANA AL REY DE ESPAÑA.

Animado el general español con tan prósperos sucesos y viendo al rey de México enteramente sometido á su voluntad, le dijo que era ya tiempo de que él y sus súbditos reconociesen al rey de España por legítimo soberano, como descendiente del rey y dios Quetzalcoatl. Moteuczoma, que ya no tenía valor para contradecirlo, convocó á la principal nobleza de la corte y de las ciudades circunvecinas. Acudieron todos prontamente á recibir sus órdenes, y reunidos en una gran sala del cuartel, en presencia de Cortés y de otros españoles, les dirigió el rey un largo discurso en que les manifestó el amor que á todos tenía como padre, de quien no debían temer que les propusiese lo que no fuera justo y ventajoso. Les recordó la antigua tradicion sobre la devolucion del imperio mexicano á los descendientes de Quetzalcoatl, de quien habían sido lugartenientes él y todos sus predecesores, y los fenómenos observados en los elementos, que significaban, segun la interpretacion de los sacerdotes y de los adivinos, ser llegado el tiempo de que se cumpliesen aquellos oráculos. Yo no dudo que también haría mencion del memorable suceso y vaticinio de su hermana

¹ Cortés, en su Carta á Carlos V, dice que Cuicuitzcatzin era hijo de Cacamatzin; mas esto es error del copista ó del mismo Cortés, pues consta que eran hermanos de padre: además, Cortés dice que Cacamatzin era un joven de veinticinco años, y representa á Cuicuitzcatzin en edad de poder ya gobernar. Finalmente, en otra carta de 15 de Mayo de 1522, afirma que estos dos príncipes eran hermanos.

Papantzin, que ya he referido, el cual habria sido en gran parte la causa de su apocamiento. Siguió comparando las circunstancias de los españoles con las de la tradicion, y concluyó diciendo que el rey de España era en realidad el legítimo descendiente de Quetzalcoatl, y que por tanto le cedia el reino y le prestaba obediencia, mandando á todos hacer lo mismo.¹ Al confesarse súbdito de otro soberano, sintió tan gran pena, que no pudo seguir hablando, y las lágrimas sustituyeron las palabras. Al llanto del rey siguieron tan amargos sollozos de los concurrentes, que enternecieron y movieron á piedad á los españoles. Cesaron aquellas demostraciones de dolor y quedaron todos sumergidos en un melancólico silencio, que interrumpió uno de los más distinguidos señores Mexicanos, diciendo: "Pues es llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos antiguos, y los dioses quieren y vos mandais que seamos súbditos de otro señor, ¿qué hemos de hacer nosotros sino someternos á las soberanas disposiciones del cielo, intimadas por vuestra boca?"

Cortés entonces dió gracias al rey y á todos los señores que estaban presentes, por su pronta y sincera sumision, y declaró que su soberano no pretendía quitar la corona al rey de México, sino hacer reconocer su alto dominio en aquellos Estados; que Moteuczoma no solo seguiría mandando á sus súbditos, sino que ejercería la misma autoridad sobre todos los otros pueblos que se sometiesen al rey de España. Disuelta la asamblea, mandó hacer Cortés un instrumento público de aquel acto, con todas las solemnidades que juzgó convenientes, para enviarlo á su corte.

PRIMER HOMENAJE DE LOS MEXICANOS A LA CORONA DE CASTILLA.

Dado con tanta felicidad este primer paso, Cortés representó á Moteuczoma, que pues había ya reconocido al rey de España como soberano de aquellos países, era necesario manifestar su subordinacion, por medio de alguna contribucion de oro ó plata: alegando para esto el derecho que los soberanos tenían de exigir este homenaje de sus vasallos para mantener el esplendor de su corona, para pagar á sus ministros, para soportar los gastos de la guerra, y para

¹ Las circunstancias de este suceso se refieren en las historias con tanta variedad, que no hay dos de ellas que estén perfectamente de acuerdo. En mi narracion he procurado seguir á Cortés y á Bernal Diaz, que fueron testigos oculares. Solís afirma que el reconocimiento de Moteuczoma fué un mero artificio; que no tuvo jamás intencion de cumplir lo que prometia; que su intento era desembarazarse de los españoles, y temporizar, para dar rienda despues á su ambicion, sin curarse de su palabra. Pero si el acto de Moteuczoma fué un mero artificio, si no pensaba cumplir su promesa, ¿por qué al confesarse vasallo de otro monarca, sintió tanto dolor, que se le turbó la voz y derramó lágrimas, como el mismo escritor afirma? No necesitaba de tanta ficcion para quitarse de encima á los españoles. ¿Cuántas veces pudo, con hacer una seña á sus súbditos, ó sacrificar los españoles á sus dioses, ó dejándoles la vida, hacerlos conducir atados al puerto, para que de allí pasasen á Cuba! Toda la conducta de Moteuczoma está en contradiccion con los sentimientos que Solís le atribuye; pero nada desmiente tanto su acusacion, como el claro testimonio dado por el gobierno español, el cual, en muchos documentos, expedidos en favor de la real descendencia de aquel monarca, concediéndole exenciones y privilegios extraordinarios, declara que estos privilegios no pueden servir de ejemplo á ninguna otra casa, pues "ninguna, añade, ha hecho á la España tan gran servicio, como el que le hizo el emperador Moteuczoma, incorporando á aquella corona, con su voluntaria cesion, un reino tan rico y tan grande como el de México." Si la obediencia prestada por Moteuczoma al rey Católico, hubiera sido como la representa Solís, se diría que la corte de España creía incorporado el reino de México á la corona de Castilla, en virtud de una cesion fingida y engañosa, y de un mero artificio de Moteuczoma; lo que sería gravemente injurioso á la rectitud de los reyes Católicos. Betancourt, en la 2ª parte, tratado 1º de su *Teatro Mexicano*, cita los referidos documentos, los cuales se conservarán sin duda originales en los archivos de los condes de Motezuma y Tula.

las otras necesidades del Estado. Moteuczoma, con régia magnificencia, le dió el tesoro de su padre Axayacatl, que se conservaba, como hemos dicho, en aquel mismo palacio, y del cual nada había tomado aún Cortés, aunque el rey le había dado el permiso expreso de tomar cuanto quisiese. Todo aquel gran depósito de riquezas pasó á manos de los españoles, juntamente con todo lo que contribuían los vasallos feudatarios de la corona; lo que componía tan considerable suma, que despues de haber separado la quinta parte para el rey de España, tuvo Cortés lo bastante para pagar las deudas que había contraído en Cuba en el armamento de su expedicion, y remunerar á sus oficiales y soldados, quedándole una provision suficiente para los gastos que podría hacer en el porvenir. Para el rey se destinaron, además del quinto del oro y la plata, varios objetos que parecieron dignos de conservarse enteros por su maravilloso artificio, y que, segun el cómputo del mismo general, importaban más de cien mil ducados; mas la mayor parte de estas riquezas se perdieron, como despues veremos.

INQUIETUDES DE LA NOBLEZA DE MÉXICO Y NUEVOS TEMORES DE MOTEUCZOMA.

Triunfaban los españoles al verse dueños á tan poca costa de tantas riquezas, y por haber sometido á su rey, sin esfuerzo, un Estado tan vasto y opulento; mas esta felicidad los había envanecido, y era necesario, segun la condicion de la especie humana, que alternasen los sucesos prósperos con los adversos. La nobleza mexicana, que hasta entónces se había mantenido en un respetuoso silencio, por su gran deferencia al soberano, viéndolo ya reducido á tanta humillacion, aherrojados el rey de Acolhuacan y otros altos personajes, y sometida la nacion á un príncipe extranjero, á quien no conocia, empezó desde luego á murmurar, y despues á explicarse con más franqueza, á formar juntas y reuniones, á censurar su propia tolerancia, y por último, segun parece, á levantar tropas para sacudir la opresion que el rey y el pueblo padecian. Hablaron á Moteuczoma algunos de sus favoritos y le representaron la pena que experimentaban sus vasallos al verlo en aquella condicion, disminuido su poder y oscurecido el esplendor de su corona, y la fermentacion que empezaba á notarse, tanto en la nobleza como en la plebe, impacientes del yugo extranjero que se les imponía, y ofendidas de verse condenadas á sacrificar á un rey desconocido el fruto de sus sudores. Exhortáronlo á disipar el temor que se había apoderado de su alma y á recobrar su autoridad primera; pues si no lo había, lo harían por él sus vasallos, los cuales estaban decididos á echar de la capital y del reino aquellos huéspedes tan insolentes y perniciosos. Por otra parte, los sacerdotes le exageraban el detrimento que sufría la religion, y lo amedrentaban con las amenazas que atribuían á sus dioses irritados, de negar la lluvia á los campos y su proteccion á los Mexicanos, si no arrojaba aquellos hombres tan contrarios á su culto. Algunos escritores, demasiado fáciles en creer sucesos maravillosos, dicen que el demonio se apareció al rey, amenazándolo con los males que haría á su persona y á su reino, si sufría más tiempo á los españoles, y prometiéndole, si los arrojaba, perpetuar en su familia la corona de México, y prodigar las venturas á sus súbditos.

Movido Moteuczoma por tantas representaciones y amenazas, avergonzado de la cobardía que se le echaba en cara y enternecido al ver la desgracia de su sobrino Cacamatzin, á quien siempre había amado con la mayor ternura, la

de su hermano Cuitlahuatzin y la de otros personajes de la primera nobleza; aunque no consintió en sacrificar la vida de los españoles, como algunos le aconsejaban, se resolvió á decirles claramente que saliesen de sus Estados. Mandó, pues, llamar á Cortés, el cual, noticioso de las conferencias secretas que había tenido el rey los dias anteriores, con sus ministros, con los nobles y con los sacerdotes, sintió gran turbacion en su ánimo al recibir aquel mensaje; pero disimulando cuanto pudo su inquietud, se presentó á Moteuczoma acompañado por doce españoles. El rey lo recibió con ménos agrado que el que acostumbraba mostrarle, y le descubrió claramente su resolucion. "No podeis dudar, le dijo, del grande amor de que os he dado tantos y tan repetidos testimonios. Hasta ahora no solo os he visto con placer en mi corte, sino que he querido venir á residir en vuestra compañía, por la singular satisfaccion que he experimentado en vuestra familiaridad y trato. Por mi parte no tengo el menor inconveniente en dejaros permanecer aquí, dándoos cada dia mayores pruebas de mi benevolencia; pero no puede ser, pues ni los dioses lo permiten, ni lo consienten mis vasallos. Me hallo amenazado con los más terribles castigos del cielo, si os consiento más tiempo en mis Estados, y ya se ha empezado á notar tanta inquietud en mis súbditos, que si no extirpo prontamente la causa, me será despues imposible contenerla. Es necesario, pues, tanto por mi bien y el vuestro, como por el de estos países, que os apercibais á regresar prontamente á vuestra patria." Cortés, aunque penetrado del más acerbo dolor, afectando una gran serenidad, le dijo que su ánimo era obedecerlo; pero que careciendo absolutamente de barcos para su vuelta, por haberse destruido los que lo trajeron de Cuba, necesitaba tiempo, operarios y materiales para construir otros. Moteuczoma, lleno entónces de júbilo, al ver la prontitud con que el general español se disponía á complacerlo, lo abrazó y le dijo que no corría tanta prisa su viaje; que construyese los buques y que él le suministraría, así la madera necesaria, como la gente que la cortase y la llevase al puerto. En efecto, mandó que se dispusiese un buen número de trabajadores y que se cortase la madera de un pinar, poco distante del puerto de Chiahuitztlan; y Cortés, por su parte, envió algunos españoles que dirigiesen el corte, esperando que entre tanto mudaría el aspecto de las cosas en México, ó que le llegasen nuevos socorros de las islas ó de España.¹

Ocho dias despues de tomada aquella resolucion, mandó Moteuczoma llamar otra vez á Cortés, lo que puso á éste en mayor sobresalto. El rey le dijo que no necesitaba construir los buques, pues acababan de llegar al puerto de Chalchihucuecan diez y ocho, semejantes á los suyos destruidos, en los cuales podía embarcarse con su gente; que aligerase por tanto su salida, pues así convenia al bien del reino. Cortés, disimulando el júbilo que le ocasionaba aquella noticia y dando gracias interiormente á Dios, por haberle enviado tan oportuno socorro, respondió que si aquellos barcos debían hacer viaje á Cuba, estaba pronto á partir; pero que de otro modo, le era preciso continuar la obra empezada. Vió y examinó las pinturas de aquella armada, que enviaban al rey los gobernadores de la costa, y no dudó que fuese española; pero léjos de pensar

¹ Algunos historiadores dicen que cuando Moteuczoma llamó á Cortés para intimarle la órden de su partida, había preparado un ejército, con el fin de hacerse obedecer por fuerza, si los españoles resistían; pero hablan de esto con gran variedad, pues unos dicen que el ejército preparado era de 100,000 hombres, otros reducen este número á la mitad, y otros, finalmente, lo reducen á 5,000. Yo creo que hubo algunos preparativos hostiles; mas no por órden del rey, sino por la de algunos nobles de los que habían tomado tanto empeño en el negocio.

que se componia de enemigos suyos, se persuadió que habian vuelto los procuradores enviados por él un año ántes á la corte de España, y que traian consigo los despachos reales y un buen número de tropas para la conquista.

ARMADA DEL GOBERNADOR DE CUBA CONTRA CORTÉS.

Este gran consuelo le duró hasta que le llegaron las cartas de Gonzalo de Sandoval, gobernador de la colonia de Veracruz, en que le noticiaba que aquella expedición, compuesta de once navíos y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes y más de quinientos marineros, con doce piezas de artillería y abundantes municiones de guerra, al mando del general Pánfilo Narvaez, era enviada por Diego Velazquez, gobernador de Cuba, contra el mismo Cortés, como vasallo rebelde y traidor á su soberano. Recibió este fuerte golpe Cortés en presencia de Moteuczoma; pero sin dejar ver en su semblante la menor turbacion, le dió á entender que los que habian aportado á Chalchihucuecan, eran nuevos compañeros que venian de Cuba. Del mismo disimulo usó para con sus españoles, hasta que tuvo bien preparados sus ánimos.

No hay duda que esta fué una de aquellas ocasiones en que Cortés hizo alarde de su invicta constancia y magnanimidad. Hallábase, de un lado, amenazado por todo el poder de los Mexicanos, si permanecía en la corte: por otro, veía contra sí un ejército de sus mismos compatriotas, muy superior al suyo; pero su penetracion, su singular destreza y su maravilloso brío, hicieron muy en breve mudar de aspecto al mal que lo amenazaba. Procuró, tanto por cartas, como por el ministerio de algunos mediadores, de quienes más se fiaba, conciliarse el ánimo de Narvaez, haciéndole varios partidos y representándole las ventajas que resultarían á los españoles si se unían y obraban de acuerdo los dos ejércitos, y por el contrario, los males que acarrearía á unos y á otros la discordia. Narvaez, por consejo de tres desertores de Cortés, habia ya desembarcado toda su tropa en la costa de Cempoala y se habia acuartelado en aquella ciudad, cuyo señor, conociendo que aquellos extranjeros eran españoles y creyendo que venian á unirse con su amigo Cortés, ó temeroso de su poder, los acogió con grandes honores y los proveyó de todo cuanto necesitaban. Moteuczoma, creyendo lo mismo al principio, envió á Narvaez ricos presentes, y dió orden á sus gobernadores que le hiciesen los mismos obsequios que á Cortés; pero de allí á poco, conoció la discordia que entre ellos existía, á pesar del gran disimulo de éste y de los esfuerzos con que procuraba impedir que llegase aquella noticia á oídos del rey y de sus súbditos.

Tuvo entonces Moteuczoma la mejor ocasion que podía apetecer para destruir los dos ejércitos españoles, si hubiese abrigado en su corazon los sangrientos designios que muchos historiadores le imputan. Narvaez procuró indisponerlo con Cortés y con su partido, acusándolo de traidor, prometiendo castigar la inaudita temeridad de aprisionar al mismo rey, y ofreciéndose á libertarlo á él y á toda la nacion de la opresion en que gemian; pero Moteuczoma, léjos de ceder á estas sugerencias y de proceder de modo alguno contra Cortés, cuando éste le dió parte de la expedición que proyectaba contra Narvaez, se mostró apesadumbrado por el riesgo que iba á correr, peleando contra fuerzas tan superiores y ofreciéndole un gran ejército en su auxilio.

Ya habia agotado Cortés todos los recursos de que podía echar mano para proporcionar un convenio pacífico y ventajoso á ambos ejércitos, sin otro re-

sultado que nuevos desprecios y amenazas del arrogante y fiero Narvaez. Viéndose, pues, obligado á hacer la guerra á sus compatriotas, y no atreviéndose á fiarse del socorro que le ofrecía Moteuczoma, rogó al senado de Tlaxcala que apercibiese cuatro mil soldados para llevarlos consigo, y envió á Chinantla uno de los suyos, llamado Tobilla, hombre práctico en la guerra, á fin de que pidiese dos mil hombres á aquella belicosa nacion y se proveyese de trescientas picas de las que usaban los mismos Chinantecas, que por ser más fuertes y largas que las de los españoles, le parecían excelentes para resistir á la caballería contraria. Dejó en México ciento cuarenta españoles, con todos sus aliados, bajo el mando del capitan Pedro de Alvarado,¹ recomendándoles que guardasen y tratasen bien al rey y procurasen mantenerse en buena armonía con los Mexicanos, especialmente con la familia real y con la nobleza. Al despedirse de Moteuczoma, le dijo que dejaba en su lugar al capitan *Tonatiuh*, (con este nombre del sol apellidaban á Alvarado, porque era rubio), encargándole que complaciese en todo á su majestad; que le rogaba continuase protegiendo á los españoles; que él salía al encuentro de aquel capitan recién venido y á poner por obra cuanto estuviese á sus alcances para ejecutar sus reales órdenes. Moteuczoma, despues de haberle hecho nuevas protestas de su benevolencia, lo mandó proveer abundantemente de víveres y de hombres de carga para la conduccion del bagaje, y lo despidió con la mayor amabilidad.

Salió Cortés de México á principios de Mayo de 1520, despues de haber estado seis meses en aquella corte, con setenta españoles y alguna nobleza mexicana, que quiso acompañarlo por una parte del camino. Algunos historiadores dicen que estos Mexicanos iban á espiar lo que ocurriese y dar cuenta de ello al rey; mas Cortés no lo creyó así, aunque tampoco se fiaba mucho de ellos. Hizo su viaje por Cholula, donde se unió con el capitan Velazquez, que volvia de Coatzacoalco, á donde lo habia enviado Cortés con alguna tropa para buscar un puerto cómodo. Allí recibió nuevas provisiones de víveres que le enviaba el senado de Tlaxcala; pero no los cuatro mil hombres que habia pedido, ó porque los Tlaxcaltecas no osasen venir otra vez á las manos, como dice Bernal Diaz, ó porque no quisiesen alejarse tanto de su patria, como conjeturan otros historiadores, ó porque viendo á Cortés con fuerzas tan desproporcionadamente inferiores á las de su enemigo, temiesen quedar vencidos en aquella expedición. Algunas jornadas ántes de llegar á Cempoala, se le unió el soldado Tobilla, con las trescientas picas de Chinantla, y en Tapanacuetla, pueblo distante cerca de treinta millas de aquella ciudad, se encontró con el famoso capitan Sandoval, que venia con sesenta soldados de la guarnicion de Veracruz.

VICTORIA DE CORTÉS CONTRA NARVAEZ.

Finalmente, despues de haber hecho nuevas proposiciones á Narvaez y distribuido algun oro entre los partidarios de aquel arrogante general, entró Cortés en Cempoala á media noche, con doscientos cincuenta hombres,² sin caballos, ni otras armas que picas, espadas, rodela y puñales, y encaminándose cau-

¹ Bernal Diaz dice que los españoles que quedaron en México fueron ochenta y tres. En las ediciones modernas de las Cartas de Cortés, se dice que fueron 500; pero en una edicion antigua se halla 140, lo que me parece cierto, atendido el número total de las tropas españolas. El número de 500 es falso y contrario á la relacion del mismo Cortés.

² Bernal Diaz dice que Cortés fué á Cempoala con 206 hombres: Torquemada cuenta 266 y 5 capitanes; pero Cortés, que lo sabia mejor que ellos, afirma que eran 250.

telosamente y sin hacer ruido, al templo mayor de aquella ciudad, donde se habían acuartelado sus enemigos, les dió tan furioso asalto, que ántes de venir el día, se había hecho dueño del puesto, de toda la tropa contraria, de la artillería, de las armas y de los caballos, quedando muertos solo cuatro de sus soldados, quince de los de Narvaez, y muchos heridos de una y otra parte.¹ Hízose reconocer por todos capitán general y supremo magistrado, mandó encadenar en la fortaleza de Veracruz á Narvaez y á Salvatierra, hombre distinguido y enemigo jurado suyo, y dispuso que se quitasen de los buques las velas, las brújulas y los timones. Apénas empezó á rayar el día, que era domingo de Pentecostés, 27 de Mayo, llegaron los Chinantecas,² en buen orden y bien armados, los cuales vinieron á ser testigos del triunfo de Cortés, y de la vergüenza de los partidarios de Narvaez, que habían sido vencidos por tan pocos contrarios y no tan bien armados como ellos. La felicidad de esta expedición se debió en gran parte al incomparable valor de Sandoval, el cual subió al templo con ochenta hombres, en medio de una lluvia de saetas y balas, asaltó el santuario, donde se había fortificado Narvaez, y se apoderó de su persona.

Hallándose entonces Cortés con diez y ocho buques, cerca de dos mil hombres de tropa española y de cien caballos y suficiente número de provisiones de guerra, pensó en hacer nuevas expediciones en la costa del golfo; y había ya nombrado los jefes que debían mandarlas y la gente que debía componerlas, cuando le llegaron noticias infaustas de México, que trastornaron sus planes y lo obligaron á volver precipitadamente á aquella capital.

SUBLEVACION DEL PUEBLO DE MÉXICO CONTRA LOS ESPAÑOLES.

Durante la ausencia de Cortés, ocurrió en México la fiesta de la incensación de Huitzilopochtli, que se hacía en el mes Toxcatl, el cual empezó aquel año á 13 de Mayo. Esta función, la más solemne del año, se celebró con baile del rey, de la nobleza, de los sacerdotes y del pueblo. Rogaron los nobles al capitán Alvarado que permitiese que el rey pasase al templo á cumplir con los deberes que la religión le imponía; pero Alvarado no quiso ceder á sus instancias, ó porque así se lo había mandado Cortés, ó porque temiese que los Mexicanos maquinasen alguna tropelía, viéndose con el rey en su poder y sabiendo cuán fácilmente se vuelven en tumulto los regocijos públicos. Tomóse por tanto el partido de hacer el baile en el patio de palacio, que servía de cuartel á los españoles,³ ó por disposición de aquel capitán ó por orden del mismo rey, que quiso de aquel modo tomar parte en las ceremonias del día. Llegada la hora,

¹ Hay variedad en los autores acerca del número de los muertos en el asalto: yo pongo el que me parece más verosímil, atendidos los datos de diversos historiadores.

² Algunos dicen que los Chinantecas tomaron parte en el asalto; pero Bernal Díaz estuvo presente, y afirma lo contrario. Cortés no hace mención de esta circunstancia. Quien desee informarse de todos los por menores de aquella gloriosa expedición de Cortés, podrá consultar á los historiadores de la conquista: yo los omito por no pertenecer exclusivamente á mi asunto.

³ Los historiadores de la conquista dicen que el baile se hizo en el atrio del templo mayor; pero no es verosímil que la inmensa concurrencia que allí asistía permitiese hacer tan horrendo estrago en la nobleza, especialmente estando tan cerca las armerías, donde podían tomar armas para oponerse á la temeridad de aquellos pocos extranjeros, ni es creíble que los españoles se expusiesen á tan inminente peligro. Cortés y Bernal Díaz no hacen mención del lugar en que se hizo el baile. El P. Acosta dice que fué el palacio, mas no puede ser otro que el que habitaba el rey. La inverosimilitud que se nota en la relación de los historiadores, y el juicio y antigüedad del P. Acosta, me obligan á preferir su autoridad á la de aquellos.

concurrieron al patio muchos sugetos de la primera nobleza (cuyo número no consta, pues los autores varían de seiscientos á dos mil), cubiertos todos de adornos de oro, piedras y plumas. Empezaron á cantar y á bailar al són de los instrumentos, y entre tanto mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas: cuando vió á los Mexicanos más distraídos y quizás fatigados del baile, hizo señal á su tropa que los atacase, lo que verificó con furia contra aquellos desventurados, que por estar desarmados y rendidos de cansancio, no pudieron hacer resistencia, ni huir, hallándose bien guardadas las puertas. Fueron terribles los estragos, lamentables los gritos que exhalaban al cielo los moribundos y copiosa la sangre que se derramó. Este golpe fatal fué en extremo sensible á los Mexicanos, porque en él perdieron la flor de su nobleza, y para perpetuar su memoria, compusieron sobre aquel argumento tristes elegías, que se conservaron muchos años despues de la conquista. Terminada aquella trágica y horrenda escena, los españoles despojaron á los cadáveres de toda la riqueza que los cubría.

Ignórase el motivo que pudo inducir al capitán Alvarado á un hecho tan temerario y cruel. Algunos dicen que no tuvo otro que la maldita sed de oro;¹ otros afirman, y parece más verosímil, que habiendo tenido noticia de que los Mexicanos querían en aquella fiesta dar un golpe á los españoles para sustraerse á su opresión y poner en libertad al rey que tenían aprisionado, el jefe español quiso anticiparse, siguiendo el dicho vulgar de que *el que ataca vence*.² Como quiera que sea, no se puede negar que su conducta fué tan bárbara como imprudente.

Irritada la plebe con tan sensible golpe, trató desde entonces á los españoles como enemigos capitales de la patria. Atacaron algunas tropas mexicanas el cuartel, con tanto ímpetu, que arruinaron una parte del muro, minaron en diversas partes el palacio y quemaron las municiones; pero fueron rechazados por el fuego de la artillería y de los mosquetes, con lo que los españoles tuvieron tiempo de reedificar el muro destruido. Aquella noche descansaron de las fatigas del día; pero al siguiente fué tan terrible el asalto, que los españoles se creyeron perdidos; y en efecto, no hubiera quedado uno solo con vida, como sucedió á seis ó siete, á no haberse mostrado el rey al tropel de combatientes y refrenado con su autoridad el furor que los animaba. El respeto á la persona del monarca contuvo al pueblo, y desde entonces no atacó con armas el cuartel; mas no dejó de cometer otras hostilidades, pues quemó los cuatro bergantines que Cortés había mandado construir para escaparse en ellos, caso de no poder hacerlo por las calzadas, y resolvió sitiarse por hambre á los españoles, negándoles los víveres é impidiendo que se introdujesen en el cuartel, con cuyo objeto abrió un foso en rededor.

En esta situación se hallaban los españoles en México, cuando Alvarado

¹ Los historiadores mexicanos, el P. Sahagun en su Historia MS., Las Casas en su formidable escrito sobre la *Destrucción de los indios*, y Gomara en su *Crónica de la Nueva-España*, atribuyen el arrojamiento de Alvarado á su codicia; mas yo no puedo creerlo sin pruebas convincentes. Gomara y Las Casas siguieron á Sahagun, y éste á los informes de los Mexicanos, que, como enemigos de los españoles, no son dignos de fé en este caso.

² Es enteramente increíble que los Mexicanos quisieran aprovecharse de la ocasión del baile para maquinarse una traición contra los españoles, como muchos historiadores suponen; y absurdo lo que dice Torquemada, que tenían ya preparadas las ollas para cocer sus cadáveres. Estas son fábulas inventadas para justificar á Alvarado. Lo que me parece más verosímil es que los Tlaxcaltecas, por el gran odio que tenían á los Mexicanos, hicieron creer á este capitán la supuesta traición. En la historia de la conquista tenemos muchos ejemplos de esta clase de sugestiones inventadas por los Tlaxcaltecas.